FARO ORIENTAL

AÑO II — NÚMS. 21 Y 22

SEPTIEMBRE Y OCTUBRE DE 1913

«No hay religión superior a la verdad.»
(Divisa de los Maharajás de Benarés.)

Pláticas breves

Sobre el tema de meditación inserto en el número anterior.

La virtud empieza donde acaba la justicia.

No debe entenderse, si la virtud empieza donde la justicia acaba, que haya que esperar a ser totalmente justo para empezar a ser virtuoso. Si por justicia significamos la ley inmanente de Karma, fácil sería caer en la interpretación errónea de suponer que para empezar a ser virtuosos es preciso haber agotado el Karma. Y en tal caso sería para la generalidad de los vivientes una espera demasiado larga.

La justicia no es ni buena ni mala. La virtud es buena. Se puede ser justo sin ser virtuoso e igualmente es posible ser virtuoso y no justo.

El que da rigurosamente a cada uno lo que le debe, es justo nada más, pero no virtuoso; por lo contrario, se puede muchas veces ante un dolor justo y merecido, practicar la virtud de consolarlo, a despecho de la rigurosa justicia.

Es claro que para una humanidad acostumbrada a que sus miembros hagan mucho menos de lo extrictamente justo, pasan por virtuosos aquellos que no sean demasiado injustos. De este modo se tiene por virtuoso al que en su concepto no hace mal a nadie. Esto no quiere decir que no haya una virtud relativa en cada caso. Todas las acciones humanas pueden contener algo de virtud y algo de maldad. Nadie hay que sea absolutamente injusto, justo o virtuoso. En la misma época de la vida somos injustos con uno, justos con otro, y virtuosos con un tercero. Estas consideraciones hacen notar cómo la virtud y la justicia pueden coexistir o nó, sin que sea indispensable haber agotado lo justo para comenzar a ser virtuoso. Pero ante todo, tratemos de definir la virtud.

Se entiende por tal, *la cualidad más útil, característica en una cosa.* Si una planta es verde, tiene raíces de una forma determinada, hojas, flores, etc... con caracteres dados... y además, posee una propiedad medicinal que nos es útil; al hablar de la *virtud o virtudes* de esa planta, nos referiremos solamente a dicha propiedad y no a cualquiera de las demás cualidades. La idea de virtud involucra la de utilidad, como lo vemos en este ejemplo; y en efecto, nadie puede aspirar al dictado de virtuoso, si no es útil en alguna forma a sus semejantes.

Existieron bandidos célebres que des-

pojaban a los viajeros ricos y hasta los mataban, pero sin embargo, el pueblo los amaba, porque lo socorrían con ese dinero adquirido de tan injusta manera. A pesar de la injusticia evidente cometida con las víctimas, esos hombres realizaban actos virtuosos cada vez que se compadecían de los infortunios ajenos y trataban de aliviarlos. Y si en el momento del crimen más espantoso el malhechor ha tenido siquiera una ráfaga de piedad hacia su víctima, hay en ello algo de virtud que siempre—parafraseando la parábola oriental—«aclarará el ojo kármico».

Queda dicho que la virtud de una cosa es su cualidad dominante, o de otro modo, su cualidad mejor desde el punto de vista de la utilidad que reporta. La virtud es la cualidad esencial del hombre desde el punto de vista de la utilidad que él preste a sus semejantes, y esta aclaración identifica la virtud con el altruísmo. Desde luego, el altruísmo está en nuestra intención y en ella misma reside también la virtud, porque comprendiendo la doctrina de la reencarnación, se ve cuan posible es que cuando creemos que estamos practicando un acto de gran altruísmo para con nuestro semejante, acaso estemos simplemente pagándole una deuda adquirida en otra existencia.

La máxima que comentamos, sólo se propone inspirar un criterio más elevado del ordinario acerca de la virtud, y no

hacer como los que acostumbrados a embriagarse cada día, se creen enormemente virtuosos por no hacerlo luego sinó cada semana, o como otros que exclaman con toda ingenuidad: yo no mato ni robo, por consiguiente, soy virtuoso.

Cuando damos a cada uno aquello a que tiene derecho, somos justos nada más. Justos nada màs somos cuando no exijimos ni aceptamos nada más que aquello a que tenemos derecho. La virtud está de ahí en adelante.

Cuando un tratado de Moral nos explica los diferentes deberes del hombre y los derechos correlativos, esa Moral no comprende a la virtud, sinó solamente a la Justicia.

Los deberes efectivos que uno tenga, debe cumplirlos para no ser injusto; la virtud está más allá de la justicia. Cuando yo le hago a otro un beneficio que tiene derecho a exijirme, soy meramente justo; pero si no tiene derecho a ese beneficio y yo lo realizo por altruísmo, por piedad, solamente entonces hay virtud en mi acción. Si salvo la vida a mi hijo que peligra, nadie verá en ello una acción virtuosa, sinó el cumplimiento del deber de conservar la vida que he despertado; de una obligación que es inherente a la paternidad. Pero si acudo a socorrer a un extraño, a un desconocido, con la misma afección e interés con que salvaría a mi hijo, entonces sí, hay evidentemente un acto virtuoso.

Al decir que nadie puede ser virtuoso mientras no haya agotado su Karma, por que la justicia supone fatalidad, al paso que la virtud supone ejercicio del albedrío, se expresa una gran verdad en el dominio de la pura metafísica. Pero la fatalidad y el albedrío coexisten en cada acto, se combinan y contrapesan íntimamente, donde quiera haya manifestada una voluntad. Por esto, siempre es posible proceder virtuosamente aún en aquellos hechos que son de extricta justicia. La virtud está por lo menos en la intención.

Al pagar una deuda a regañadientes, muy a mi pesar y maldiciendo a mi acreedor, soy justo en el hecho, e injusto en la intención; en tal caso mi justicia no tiene nada de virtuosa; pero si yo no puedo pagar una deuda a pesar de mis vehementes deseos y en compensación tengo para mi acreedor los mejores sentimientos y experimento gran pesar por mi forzada injusticia, entonces, si no soy justo en el hecho, soy virtuoso en la intención.

Puede también haber un acto virtuoso en el hecho, pero no en la intención, como cuando se hace limosna sin interesarse por el menesteroso y con un propósito de ostentación.

La concepción mística absoluta, de que únicamente después de agotado el Karma es posible saber que se es virtuoso y estar seguro de que los actos de aparen-

te virtud, no son en realidad de mera justicia inmanente, esto es, pago de ignoradas deudas, encierra una verdad innegable pero que carece de interés práctico. Entre tanto, lo prácticamente útil para nosotros, como seres humanos, sujetos a Karma, es tener siempre y en todos los casos, una intención virtuosa y tratar de que en el mayor grado posible, ella se traduzca en actos virtuosos; tomando por criterio de la virtud, la utilidad para los demás.

El mejoramiento propio, o la práctica de los medios conducentes a realizar nuestra propia perfección, no es más que un caso particular del altruísmo, pues como ya sabemos, cada yo no es más que uno de los tantos. Y, en este caso particular, debe interesarnos el perfeccionamiento propio, en el sentido de aumentar nuestra utilidad o nuestra eficacia para el servicio de los demás, ya que es en esto, como hemos visto, en lo que consiste esencialmente la humana virtud.

Tema de meditación

Tal es la justicia de los habitantes del Olimpo. Ni tú ni otro alguno podrá jactarse de haberse substraído a este orden que está constituido para ser observado más inviolablemente que ningún otro. No escaparás a su acción aunque seas bastante pequeño para penetrar hasta el abismo de la tierra o bastante grande para elevarte hasta el cielo.—(PLATÓN. *Leyes,)*

LAMINA XV



El sello de la S. T.

Síntesis geroglífica de Sabiduría Iniciática

(La explicación en el número siguiente)

Oriente y Occidente

(Explicación de la lámina inserta en el número anterior)

Ni una ni otra denominaciones se emplean en rigor por su acepción geográfica. El Oriente como símbolo, significa el origen de la luz, y el Occidente, la muerte de la luz o el origen de la sombra. Y este simbolismo, místicamente entendido, se aplica a la luz espiritual, a la verdad y a lo real, en oposición a la ignorancia, el error y a la apariencia, ilusión o engaño, de que somos víctimas cuando creemos que las cosas son realmente tales como se ofrecen a nuestra percepción.

En este sentido y sin paradoja, podríamos afirmar que el hombre altruísta, abnegado, que ama a la verdad y que siente en las cosas una realidad trancendental detrás de sus aspectos, lleva el Oriente consigo, aún cuando resida en cualquier región del Occidente geográfico, y a la inversa el orgulloso dugpa, perteneciente a una de esas sectas que suelen llamarse de los «Destructores de sus atmas», vive en pleno Occidente, aún cuando sus pulmones aspiren con frecuencia los vientos del sagrado Himalaya.

Como un intermediario entre la Gupta Vidya o iniciación secreta de Oriente y la civilización occidental, fundada, puede decirse, por los sabios de Grecia, y principalmente por Pitágoras, florece la magia hermética o matemática de los Egipcios, cuyo símbolo es la Esfinge, representada en nues-

tra lámina, al pié del primero de una serie de siete pórticos, colocados ascendentemente en la ladera de una montaña sobre cuya cúspide se cierne un ser espiritual, expresando la etapa suprema de la evolución humana.

Ponerse a tono con la esfinge es descubrir en el fondo de todos los fenómenos, simples modos de vibración sujetos a una ley matemática: esta es la estupenda realidad que los siglos y la ciencia han confirmado, evidenciando la falsedad de las apariencias, según las cuales creeríamos las cosas inertes y su existencia y evolución abandonadas al azar.

Es la matemática la disciplina mental que sin necesidad de dogmas metafísicos ni artículos de fe, nos acostumbra a formular leyes y principios independientemente de toda materia. Por virtud de la matemática llegamos a la elevada y sublime concepción de que existe un mundo de ideas que es sin embargo, infinitamente más real y exacto que el mundo de los fenómenos. Y esta idea es el principio necesario de toda iniciación seria en la que puedan encontrarse garantías suficientes contra los extravíos de una fe mal entendida que en lugar de conducir a la radiante cúspide de la sabiduría, lleva más bien a los tortuosos vericuetos de la superstición.

Vemos a Oriente siete pórticos expresando las etapas de una iniciación regular que conduce hasta el Mahatmado; los otros emblemas que hallamos en torno, expresan

los medios para llegar a ese supremo resultado. El Mahatmado es la divinización del hombre por su propio mérito mediante la sabiduría y el amor.

En Occidente el emblema culminante es la cruz, símbolo de la humanización divina; sostenida por la fortaleza, de acuerdo con lo que la historia enseña que la noción de un Dios personal (Dios de los ejércitos) ha sido impuesta a las muchedumbres sometidas y embrutecidas, mediante la tiranía de la fuerza.

En el lejano fondo, tras el horizonte, el Sol brilla para todos, reflejándose en las aguas, y su radiante semicírculo ostenta el ternario que, reflejado a su vez, recuerda el simbolismo del exagrama Salomónico.

En Oriente florece el loto, místico emblema de la serenidad búdhica, y esa planta simbólica consta, en la alegoría, de siete tallos. Cuatro sostienen las hojas respectivas en un plano horizontal, determinado por el nivel de las aguas; dos más elevados sostienen otras dos hojas en el aire, las cuales forman los dos vérlices inferiores de un triángulo en cuyo vértice superior resplandece la flor sagrada.

Pero estas dos tradiciones, Oriental y Occidental, no están totalmente separadas, y si observamos la influencia civilizadora del Occidente en cuanto a los progresos que se relacionan con el desarrollo del principio «manásico», en cambio interpretando con sagacidad la teosofía, la filosofía, la filología... es fácil hallar vestigios bien marcados de la

influencia espiritual con que el Oriente nos ilumina desde las épocas más lejanas.

Los siete pórticos los relacionamos, según la ley de las correspondencias, con la constitución septenaria del hombre, tal como fué maravillosamente explicada en la primitiva enseñanza teosófica.

***En** efeclo, esos principios que integran la entidad humana no son ingredientes de su composición a la manera como la arena y la cal forman argamasa, sinó que son más bien etapas cada vez más elevadas de un progresivo desarrollo de la entidad, la cual es humana desde el momento en que se halla bajo la influencia manifiesta del **Manas** superior. Para comprender mejor esta cuestión hay que considerar que cualquiera sea la etapa de su desarrollo en que el ser se encuentre, siempre experimenta en mayor o menor grado la influencia de los principios más elevados e inferiores; con la diferencia de que estos últimos, los contiene, mientras que los superiores lo iluminan solamente como ilumina a un cuerpo una luz colocada en el exterior.*

¿Cómo se concibe más allá de la séptima puerta un ser superior por muy tenue que se suponga la materia que compone su cuerpo?

¿Cómo se concibe más allá de la cumbre suprema, una entidad individual capaz de irradiar o, mejor dicho, de proyectar una infiuencia desconocida representada gráficamente como haz luminoso?

Si la individualidad puede persistir todavía en ese punto; ¿en que consisle entonces el Nirvana?

Aquí precisamente llegamos a uno de los asuntos más delicados y al mismo tiempo más simpáticos de la Iniciación secreta Oriental. Es la doctrina de la Gran Renunciación.

Vamos a dar, sobre ella, algunos detalles:

Cuando un ser ha pasado más allá de la séptima puerta, evidentemente ya no es «un ser» sinó El Ser.

Es El Ser, por ley natural, porque todo desequilibrio ha cesado y porque los fenómenos de cualquier orden que sean, no pueden concebirse sinó como resultante de un desequilibrio o mejor dicho de un «equilibrándose» consecutivo a un desequilibrio.

Ahora bien; para que el ser en quien de suyo, se establece el reposo universal, pueda permanecer en una forma, por más etérea que sea y conservar una individualidad todo lo exenta que se quiera de móviles capaces de despertar a Karma, es necesario un constante sacrificio.

Se dice que a los seres llegados a esta condición, nada les interesa de cuanto pueda reportarles una experiencia, por la sencilla razón de que las experiencias, cualesquiera sean, no pueden llevar ningún elemento nuevo a su consciencai; pero el dolor humano, sigue interesándoles y desean con-

tinuar influyendo en el recto agotamiento de sus causas.

De esto se deduciría que la piedad es el más íntimo y esencial de todos nuestros sentimientos; el primero que sacrificamos al degenerar, y el último que conservaremos cuando, ya agotado todo Karma, tendremos derecho a transponer la corriente nirvánica.

¿Qué mucho, pues, si un célebre filósofo occidental ha hecho de ella el fundamento de la moral?

∴

Llevar el Oriente dentro de sí mismo es colocar el amor bajo su forma más altruísta, entre los primeros móviles de todas las acciones mentales o materiales; es realizar a cada paso las pequeñas renunciaciones, los sacrificios de nuestra personalidad mezquina, que conducen paulatinamente hasta la elevada etapa donde hay que decidirse para realizar o no la grande y definitiva Renunciación.

J. P.

"Parsifal"

Juzgar la obra de Wagner recurriendo al expediente de los moldes sistemáticos de que se sirve la vulgar crítica comparativa, no es el más acertado procedimiento para hallar la luz que el maestro

de Leipzig se propuso irradiar al través de sus geniales creaciones.

Hay que reconocer que Wagner en el teatro, no oficia como un simple sacerdote; sus funciones son las de un pontífice encargado de tender puentes de unión entre los distintos credos.

¿Qué hay dentro de ese misterioso y complicado monumento lírico llamado «Parsifal»?

Aquellos para quienes, donde quiera aparezca algo de carácter religioso, no puede entrar en juego otra cosa que la cruz redentora y el demonio tentador, llegaron a imaginar que Wagner era un convencido y fervoroso cristiano a quien el entusiasmo de su espíritu de buen sectario le indujo a llevar al teatro las doctrinas de sus amores.

En realidad no hay nada de cierto en esta infundada suposición.

Lo que ha hecho el maestro, fué adoptar en parte y en cuanto a la forma, el disfraz del cristianismo, cuyo ceremonial vulgarizado en occidente, Wagner conceptuó cómodo por su general comprensibilidad, y adaptable al intelecto del público poco versado en materia religiosa.

De todo el «Parsifal» se desprende un delicado perfume de pureza tal que sólo se halla algo semejante en la mística de Oriente, y en particular en el Budhismo, religión acaso la más digna de tal nombre.

Por otra parte, y—entre paréntesis—no hay que maravillarse ante este hecho, pues es sabido que Wagner seguía calurosamente el moderno movimiento teosófico.

«Parsifal» debe ser considerado como obra iniciática. Es la revelación, la vulgarización de los misterios de una Logia secreta; esto explica el por qué de su *relativa* comprensibilidad; es que revela... hasta cierto punto.

Allí vemos una exposición de los procedimientos y hechos de la Teurgia y la Goecia, o sea las dos magias: blanca y negra.

«Parsifal», héroe y protagonista de ese magno poema es la personificación del «poder» obtenido en el sendero de la pureza; su vehículo es la consciencia, su conducta la de un mago blanco.

Klingsor es lo contrario: un nigromante. Expresa el poder obtenido por el camino de la voluntad egoísta e inconsciente; su vehículo es el deseo, las ciegas pasiones.

Estos dos personajes son las dos fuerzas en pugna en esa obra.

Despojado el culto del Graal de todo valor histórico y de su literal significado, nos vemos necesitados a desentrañar el simbolismo que encierra ese Vaso sagrado.

Vemos en él un recipiente, un vacío que había de llenarse; mas no, ciertamente, con algo de grosera materialidad,

aun cuando ese algo fuera la sangre del mejor de los hombres.

Su contenido habrá de ser la verdad espiritual, que, bajo la forma de una blanca paloma—emblema del Espíritu Santo—periódicamente aparece en Montsalvat...

Pero, para ello, es indispensable realizar la *elevación* del Graal, y esta condición está encadenada a otra... algo difícil de obtener: la existencia en el oficiante de un ser puro de acción y pensamiento. Luego, fácilmente se deduce que el Graal, es el receptáculo mental de que dispone el hombre para recibir o reflejar la luz del espíritu y conquistar asi la iluminación de la consciencia.

Así se comprende el por qué del elevado grado de pureza y serenidad psíquica exigida al que ha de ser Sol en el sistema planetario de una fraternidad.

«Parsifal», antes de despertar de su consciencia, se presenta siendo víctima del engañoso dualismo del bien y el mal, (el par de opuestos, en todas sus formas); su discernimiento aun duerme...

Ha hecho interminables viajes en busca del sendero, (iniciación) que no puede hallar hasta el momento en que encuentra al ermitaño Gurnemancio, quien, como buen hierofante, le sirve de guía indicándole la oculta senda.

He aquí una hermosa alegoría alusiva a los fatigosos viajes que se dice hacían los sabios de la antigüedad, impulsados por su sed de luz y manteniendo el fir-

me propósito de hacerse iniciar en la sabiduría celosamente guardada en recónditos y lejanos santuarios.

«Parsifal», en el curso de las pruebas a que es sometido, vence la tentación de las seductoras niñas-flores y de la irresistible Kundry, quienes con su poder de atracción lograron arrastrar al pecado a los demás caballeros, incluso al Príncipe oficiante Amfortas. Esta alegoría justifica una vez más el ¡alerta! que en todas las grandes iniciaciones se da respecto a los ilusorios sentidos y a sus naturales inclinaciones.

Con la caída de Amfortas, el hechicero Klingsor consigue apoderarse de la Lanza-sagrada y con ella inflinge al Príncipe terrible herida; esa llaga solo podrá cerrarse al contacto de la misma Lanza, pero esgrimida por la mano pura del esperado redentor.

La presencia de la mágica Lanza—símbolo del poder—y la misión que en el drama desempeña, puede ser un ejemplo de cómo actúa la ley de *Karma* o justicia retributiva—causa y efecto, acción y reacción. El sufrimiento físico y moral de Amfortas es consecuencia kármica del delito cometido, y el pago de esa deuda contraída, o agotamiento de sus crueles efectos, se verifica mediante la reacción producida por un nuevo contacto de la herida con la Lanza, empuñada esta vez por «Parsifal», intermediario indispensable para la realización del milagro.

El modo como cambia de dueño esa Lanza es bastante sugestivo.

Klingsor, en posesión aun de ella, la arroja a la cabeza de «Parsifal» como último recurso para triunfar en sus negros propósitos; pero «Parsifal», en virtud del aura de pureza que le circunda, es invulnerable; la Lanza queda suspendida sobre la cabeza del héroe y en aquel instante comienza la obra salvadora del Mago de Luz.

Karma y *reencarnación,* inconmovibles columnas del magestuoso templo de la fe oriental, se hallan en el poema wagneriano clara y evidentemente definidos en la actuación de Kundry; ésta confiesa que sufre en su actual reencarnación los efectos del *karma* creado por ella misma ayer, cuando su propia individualidad, bajo la persona y nombre de Herodías, se burlaba despiadadamente de los sufrimientos del Precursor de los cristianos...

Hoy, Kundry ansia ser redimida, y sabe, acaso intuitivamente que para liberarse ha de renunciar a todo premio por sus sacrificios y buenas acciones; la conducta que observa sirviendo con rara humildad en la cofradía del Graal, y lo que es más raro para el vulgo, los gestos demostrativos de disgusto, de pena, de sufrimiento que hace cuando se le manifiesta gratitud por sus desinteresados servicios, comprueban cómo concebía la redención el músico-filósofo alemán.

Klingsor, por su parte, en la estéril lucha que, a fin de conquistar su admisión en la Orden, mantiene con sus ciegos impulsos, nos revela los serios y peligrosos inconvenientes que pueden resultar de la represión de las pasiones.

Mucho podría decirse respecto al simbólico significado de las distintas escenas de «Parsifal»; consideramos que un detenido estudio de ellas sería excesivamente extenso.

Estos ligeros comentarios hechos sobre algunas de las ideas expuestas en el transcurso del drama de Wagner, pueden servir como fiel testimonio de los infinitos recursos que las sublimes enseñanzas orientales ofrecen para el desarrollo espiritual de la humanidad.

F. P.

Relatividad del conocimiento

Así como las percepciones por medio de los sentidos se hallan limitadas a una esfera fuera de la cual nada existe para ellos; así también se encuentra nuestra mente suspendida en el espacio como un globo de o menos grande, pero, de todos modos, finito radio.

Es cierto que ese espacio no es un vacío, sino por el contrario la única verdadera plenitud; pero no es menos cierto, que ese espacio infinito, en cuyo seno

flota, cual átomo insignificante, nuestra mente, es incognoscible.

De afuera hacia adentro le vienen los conocimientos a la mente. Son espacio que se infiltra en ella, el cual es espíritu para el conocimiento vulgar y substancia para el conocimiento verdadero. La luz espiritual nos viene de afuera y sinembargo no es extracósmica, pues todos vivimos en su seno; es como un océano infinito en el cual viven, respiran y se alimentan nuestras mentes.

El conocimiento tiene, pues, el carácter de un medio resultante, del mútuo influjo de dos extremos igualmente desconocidos e incognoscibles. Es un algo entre un principio y un fin tan misterioso el uno como el otro. Es como una luz, con tinieblas tras de sí y tinieblas delante; pero éstas son «absoluta luz» y aquellas verdaderas tinieblas. Si avanza, se hace cada vez más brillante; si retrocede, se apaga más y más.

L. C.

Ideas y observaciones de don Joaquín Carbonell y Vila

Las religiones son otras tantas formas de disentimiento o desacuerdo entre los hombres, porque éstos no advierten que no son más todas ellas, sinó modos diversos de efecto de un mismo órgano cerebral, puesto en acción con diversidad de medios o de circunstancias distintas

ninguna de ellas, en el fondo, más legítima que las demás!

También una mano, que es un órgano aunque no lo sea cerebral, producirá efectos tan variados como lo sean los medios sobre los cuales obre, por más que entre todas las manos no exista diferencia esencial: la mano que para su dueño podría ganar con la pluma las bendiciones de la Humanidad, no sería muy distinta de otra mano, a lo menos como tal, que empuñando la tea incendiaria, produjese la desolación y la ruina. Resulta pues en estos como en todos los casos de discordia. que fallamos prematuramente, casi siempre dejando en el tintero lo más fundamental, que es lo que decidiría la cuestión, esto es, el Polo único por donde pasan en cada hemisferio todos los meridianos, el punto de *acuerdo* común a todos ellos.

*
* *

El barro con que se formó y seguirá formándose la estatua humana mientras tenga objeto, constituye la personalidad en sus innumerables aspectos siempre distintos, y es siempre el mismo barro con que se hace y se deshace de continuo: una vez modela un ángel de belleza y de virtudes, otra vez un monstruo de fealdad y de iniquidades; pero también en algún caso, el vaciado en bronce hace durable el recuerdo de la forma armónica, mientras en los otros casos, las formas meramente accidentales y transitorias,

que van apareciendo desde la masa de barro informe para desaparecer pronto en ella, no son más que ilusiones, cuyo rastro no es posible ya encontrar, y sin embargo eran un tiempo nuestras personalidades: el sabio, la hermosura, el conquistador heróico, el estadista, el poeta, el gran sacerdote, el artista y demás personajes de la interminable comedia en que toma cada uno en sério el papel que le resultó asignado; ¡he aquí las respectivas personalidades ridículas de que tanto nos ufanamos!

*
* *

Aquella poderosa mano que empuñaba un cetro, ¿acaso no es hoy con cetro y todo, uno de los piés de un mísero desheredado? ¿Quién sería capaz de imaginar siquiera, las veces que habrá cambiado de lugar, cada porción del barro mismo, para el modelado de los innumerables millones de formas que ha debido representar?

También, a una jícara de agua de jabón, se la llama ¡El Mundo! y con *pompas* siempre efímeras, siempre pasajeras; de ínfimo o mayor tamaño e importancia; de poquísima ó de alguna duración, y ostentando a veces espléndidos colores que simbolizan vaciedad y orgullo, siendo empero signo de descomposición; traduce sus tendencias y avideces de equilibrio, un soplo amorfo e invisible, que no obstante eso, es causa de la forma, valiéndose para producir ésta, de todas las go-

tas atómicamente variadas siempre, en que es susceptible de dividirse la misma agua jabonada. ¿A qué gota se debió, hace ya tiempo, aquella espléndida burbuja ya deshecha? ¿Qué se hizo del soplo, de la fuerza, a que todas ellas han debido la existencia material, una vez haya devuelto su mezquina gota de agua, al estallar cada burbuja? Aquel que hallaría en la jícara la pequeña gota de agua, o sea alguna personalidad, ya humilde o encopetada; mendigo o emperador, también en el mundo de las fuerzas, descubriría el soplo causal, o sea el modo particular de acción consciente del fluído universal de vida que lo llena todo y que de contínuo, aunque alternativamente, se manifiesta dando forma al agua, o se retrae abandonándola; y además también comprendería, que en esos intérvalos de no-manifestación, existe la facultad de producir el soplo manifestador, consciente de la forma al producirla, aunque hasta ese momento no se evidencia para los sentidos semejante facultad.

Así se explicaría el estado de Nirvana en que la vida no se manifiesta; pues la individualidad misma, es decir, aquel fluido causal, se diluyó a su vez, y desvaneciéndose como aquella gota de agua dentro de la jícara de donde la sacaron, se perdió entre las otras que antes fueron y las que no fueron todavía, no dejando por eso de existir.

(Continuará).

La Estrella de Oriente

(Colaboración)

La estrella es el emblema de escuelas iniciáticas tanto de Oriente como de Occidente; escuelas de Ocultismo verdadero, que con diferentes métodos, conducen á sus afiliados al mismo objetivo: la UNION con la Divinidad.

Hay quienes en el sendero oculto estàn muy avanzados y otros menos, no importa a qué escuela o método estén afiliados; sin embargo, en su desarrollo, hay un día en que el aspirante a la iniciación espiritual contempla, en beatífico éxtasis, con indecible arrobamiento del alma, la «Estrella», visión de una estrella de cinco puntas y geométricamente exacta.

No hay palabras para describir, como sería de desear, estas cosas metafísicas. Es menester ver. Y el discípulo las verá, como vieron los «Magos del Oriente» la estrella que los guió a la cuna del niño Jesús. En dónde? Pues en el «Oriente».

La estrella de Oriente es también y a la vez, la estrella de Occidente. Porque en el Occidente externo tenemos el Oriente interno y el discípulo lo lleva siempre consigo. Donde quiera que vayamos, aunque fuera a las playas occidentales de este Hemisferio occidental, el Oriente vá siempre con nosotros,—hablo del Oriente

de los Magos—y ese Oriente está *en nosotros.* Inútil es peregrinar de un punto a otro en el plano físico para buscar la cuna de un Salvatore Mundi. Y ya lo dijo también el sublime Buda: «En el redimido está la Redención»; y la Redención de nosotros puede ser ayudada cierta y poderosamente por un instructor espiritual y es obra y gracia del Espíritu Santo. Pero el hombre debe primeramente aprontarse mediante la *buena voluntad* con sincera aspiración hacia la salvación de su alma—que es El mismo, —hacia la llegada del Salvador.

Persistiendo el hombre terreno en tal aspiración para la iluminación interna, entonces «cuando los tiempos hayan llegado» — como dice el Evangelio — tendrá lugar el nacimiento (en nuestro Oriente interno) del futuro Salvador y Christos en nosotros, del rayo divino del Sol espiritual. Ese rayo de excelsa gloria se manifiesta en el plano mental en la forma concreta y geométrica de una resplandeciente Estrella de cinco puntas, de viviente y vibratoria radiación y de un colorido de inefable belleza. Podría decirse que los colores predominantes son el azul y el amarillo, empezando la radiación vibratoria desde un centro invisible hasta la completa formación, la cual gradualmente se desintegra, reconcentrándose. Tan verdad es el sabio axioma: «El Logos geometriza», y esta es la verdad en todos los planos

de la Naturaleza. Respecto al colorido mencionado, el mismo arco-iris es tan sólo una pálida comparación.

Donde esa Estrella de los Magos ha mostrado su resplandor, ahí es seguro que tuvo lugar el nacimiento del niño Jesús—el despertamiento del Hombre interno—que María (Maya-Miryam)—el alma—concibió por Obra y Gracia del Espíritu Santo, depositado en el pesebre—el cuerpo material—rodeado de bestias—los instintos y deseos del cuerpo astral. He aquí la revelación de una parte del gran Drama-Misterio sobre el sendero o la Vida Espiritual de un Iniciado de la más alta Gerarquía, descripto veladamente en el Evangelio de San Juan, descripción mutilada en parte por las transcripciones más o menos erróneas y las traducciones más o menos exactas.

Las manifestaciones de parte de la Divinidad varían, sin embargo, según la mentalidad del discípulo, o, mejor dicho, el discípulo percibe las vibraciones de lo alto según su propia mente personal y su receptividad. Empero, seguro es que en cierto momento percibe la proximidad del Maestro Espiritual y hasta el consciente influjo del Logos. Por causa de las condiciones diversas de la mentalidad de las diversas razas, así como las influencias de los diferentes climas, los métodos de las escuelas en el Occidente difieren de las escuelas ocultistas de Oriente. En las iniciaciones de neófitos entre los druidas,

a media noche, en la «Noche Buena», el iniciado contemplaba a través de su organismo terrestre el rayo divino del Sol Espiritual y en beatífico éxtasis exclamaba: «La Estrella».

La Estrella de Oriente es también a la vez la Estrella de Occidente.

EMILIO WENDT.

Noticias y variedades

La biblioteca de la Sociedad Teosófica en Adyar, ha enriquecido su valiosa colección de libros, con una gigante enciclopedia china, recientemente comprada.

Esta obra invaluable, se publicó por primera vez en el año 1726, en *diez mil* volúmenes, y en 1896 se hizo una nueva edición, en tipo más pequeño, conteniendo el mismo original en sólo mil seiscientos volúmenes.

La obra completa, actualmente en Adyar, pertenece a esta última edición;—de la que se hizo un tiraje de mil quinientos ejemplares—y se halla en excelente estado de conservación. Sólo una que otra, han salido de China, para Europa o EstadosUnidos.

La compra hecha para la gran biblioteca de la Sociedad Teosófica, pudo efectuarse con los fondos suministrados por varios amigos y después de largas gestiones y muchos trabajos, llegaron por fin a su destino, en perfecto estado, todos los tomos que componen esa obra colosal.

La nueva adquisición, constituye un valioso rival del *Kangur* y *Tankur* adquiridos hace dos años.

A este paso, la Biblioteca de Adyar pronto llegará a ser una de las más importantes del mundo.

* * *

Este invierno las eruditas disertaciones del notable escritor y conferencista M. Sédir, se verificarán en el local de las «Sociétés Savantes» a las ocho y media de la noche con arreglo al programa siguiente:

Los Martes 4 y 18 de Noviembre, 1 y 16 de Diciembre de 1913: cuatro conferencias.

Los Martes 11 y 25 de Noviembre 9 y 23 de Diciembre cuatro sesiones de respuestas a las cuestiones orales o escritas que propongan los asistentes.

Además, durante esos dos meses el señor Sédir dará en su domicilio (31 Rue de Seine) a partir del 5 de Noviembre inclusive, consultas colectivas, y consultas particulares en días y horas fijados.

* * *

Con el título de *Sociedad Idealista* se ha formado en París una «Unión Internacional para la realización de un Ideal superior en las Artes, las Letras y el Pensamiento», teniendo como comité director, a los señores Camilo Flammarión, Edmundo Rostand y Mauricio Maeterlinck; y como presidentes de honor a un gran número de conocidos escritores, artistas y pensadores.

El objetivo de esta Sociedad, es desarrollar en el público el gusto por un ideal superior, favoreciendo la difusión de obras artísticas y literarias; lo que se propone realizar por medio de conferencias, exposiciones, conciertos, representaciones teatrales, etc.

Para la correspondencia, dirijirse a Mlle G. de Vesme, 14, Villa des Ternes, París (17e) Francia.

* * *

En la ciudad de Stokolmo (Suecia) tuvo lugar, en el mes de Junio último el VII Congreso de la Federación de la Sociedad Teosófica, de Europa. estando representados catorce países europeos, por unos 450 congresistas.

El Congreso—cuyas reuniones se efectuaron en la Academia Real de Música—habia sido cuidadosamente organizado, y su extenso programa desempeñado con brillo por conocidos teosofistas, fué amenizado con música, canto y excursiones por los pintorescos alrededores de Stokolmo.

Presidió la infatigable Sra. Besant, que sana y fuerte a pesar de sus años, vino expresamente de la India; y a ella se debieron los principales discursos y conferencias públicas.

Este Congreso, que ha tenido mucho éxito, ha vinculado aún más las cordiales relaciones de los

países confederados y servirá para mayor difusión de los amplios ideales de la Sociedad Teosófica.

*
* *

El doctor J. Calderone, que dirije *Filosofía della Scienza*, publica en un volumen titulado *La Reincarnazione*, las contestaciones que recibió con motivo de su encuesta internacional sobre ese asunto.

Una gran mayoría son favorables a la reencarnación y entre ellas hay respuestas muy interesantes y bien fundadas; otras dicen que los hechos observados no son suficientes para probar la exactitud de la teoría reencarnacionista; algunas afirman que científicamente no puede admitirse la reencarnación; y por último, hay contestaciones que la consideran contraria a la moral y desprovista de valor social.

Comentando el asunto, la revista *Annales des Sciencies Psychiques* dice si no hubiera sido mejor haber efectuado una recopilación de hechos tendientes a demostrar la creencia en la reencarnación y nó esta encuesta, fundada más bien sobre la intuición; con lo que no se prueba nada de un modo estrictamente científico.

*
* *

Los cursos y conferencias teosóficas de Verano, celebrados en Weisser Hirsch, cerca de Drede (Alemania) durante el mes de Julio último, se vieron muy concurridos, con asistencia de conferenciantes y oyentes procedentes de distintos puntos de Europa. Se dieron conferencias sobre temas teosóficos, tales como *Introducción a la Teosofía* y *Cosmogénesis* de la Doctrina Secreta por Mme. Mansiarly; *El Ramayana* por Mme, Perb; *Dramas musicales de Wagner*, a la luz de la Teosofía, por Mr. Gorsmann; y otras muchas, por distinguidas personalidades.

La parte de arte y educación, fué desempeñada por Mmes. Kamensky y Ounkovsky con conferencias y ejecuciones musicales y por el gran pintor Mr. Fidus, que en una sesión especial mostró sus cuadros y dibujos, tan artísticos como espirituales.

En vista del éxito obtenido, se resolvió fundar

un Centro permanente, para celebrar todos los años, en la misma época, otros cursos y conferencias de propaganda teosófica, con objeto de facilitar el trabajo teosófico internacional.

Serán tomados en cuenta los más diversos temas: educación, arte, ciencias, problemas sociales, doctrina teosófica, etc. y tratados por personas competentes.

Para informes, dirijirse a Mr. Aliner (Hermans trasse—1—Weisser Hirsch—Dresde-Alemania).

Tinta reciente

El Heraldo de la Estrella—Traducción del texto original inglés.—Edición Hispano-Americana, por R. Maynadé.—Princesa 14.—Barcelona (España). Anualidad 3 pesetas.

Dharma—(2.ª época) Órgano oficial de la «Rama Venezuela».—Norte 3 número 38—Caracas (Venezuela).

Novos Horizontes—Órgano oficial del Instituto Internacional de Psicología.—Lisboa, rua da Procissão 165—2.º (Portugal).

Boletin Dominical—Semanario de Ciencia, Filosofía y Etica.—Palma de Santa Teresa núm. 49, Caracas (Venezuela).

Seculo XX—Revista de espiritualismo—lujosamente ilustrada.—Rua General Camara núm. 128—Río Janeiro (Brasil).

Bibby's Annual—Año 1913—Lujoso anuario, de gran formato, con profusión de expléndidos grabados y cromos reproduciendo cuadros célebres. Publicado por J. Bibby, Sons—Ring Edward St. Liverpool (Inglaterra).

Helene P. Blavatsky—Folleto núm. 12 del Instituto Neo Pitagórico de Coritiba (Brasil).

Elegantemente editado por la librería de la viuda de Montero (Ferrari 1 y 6, Valladolid, España) ha aparecido el librito de Lida A. Churchil titulado «Los Siete Puntos Mágicos. La traducción castellana es en general correcta.

El trabajo trata con mucha nobleza la educación de la voluntad y otras cuestiones de gran interés, no sólo para los teosofistas sinó para todo pensador.

Aparte de su aspecto excesivamente monoteísta y cristiano, muy difícil de eliminar en una obra anglo-sajona, el librito es bello y merece ocupar un sitio preferente en todas las bibliotecas teosóficas.

CONSULTORIO

A cargo del señor I. Suryaputra.— (Todo suscriptor puede preguntar lo que guste, pero se ruega lo haga con claridad y en el menor número de palabras.)

J. de S. D. Porto Alegre — *¿ Cuál es la alimentación más adecuada para los teosofistas ?*

La frugívora alternando inteligentemente las frutas de estación con los cereales, las nueces, y frutas secas.

Al principio conviene consultar frecuentemente la balanza porque toda disminución demasiado rápida en el peso es siempre alarmante.

Si se observa el enflaquecimiento conviene conservar el régimen frugívoro para el desayuno y la comida y adoptar para el almuerzo el vegetarianismo suculento, preferentemente desalado.

Para este régimen hay excelentes tratados; entre ellos son de recomendar « La Table du Vegetarien » publicado por la sociedad vegetariana de Francia, y en castellano « El Vegetarianismo Teórico y Práctico » de que es autor nuestro hermano el naturólogo J. F. Carbonell. No está demás en la época de transición, intercalar entre las comidas algunas tomas de leche siempre cruda y lo más fresca posible.

Si no hay enflaquecimiento ni pérdida de las fuerzas; si no existe alguna forma de dispepsia u otras condiciones individuales que se opongan el teosofista debe hacer todo lo posible para acostumbrarse a la alimentación por las frutas puesto que ella purifica el cuerpo y la mente y no exige ingeniosos casuismos para armonizar el deber teosófico de la compasión — « Ley de Leyes, Suprema Armonía » según La Voz del Silencio — con la matanza de animales, nuestros hermanos menores según la Teosofía.

Por supuesto que no aconsejamos a ningún hermano la adopción de un régimen insuficiente conservado a fuerza de violencias, no obstante la

debilitación consecutiva, por espíritu ascético. Un progreso cualquiera es doblemente beneficioso si se elimina toda violencia en los medios para alcanzarlo.

Acaso más de un lector se sorprenda de que recomendemos la supresión de la sal. Cada día está mejor comprobada la nocividad de esta materia inorgánica, pues el cloruro sodico alimenticio, esto es, en estado orgánico existe en cantidad suficiente en una alimentación frugívora o vegetariana, racionalmente instituida.

Uno de los inconvenientes más graves de la sal, consiste en estimular la sed, muchas veces en tal grado que el agua no basta para aplacarla. Entonces se recurre a las bebidas, y aparte de los inconvenientes que estas tienen por sí y que son gravísimos, está probado que la perversión del gusto que ellas determinan es muy propicio para la vuelta a las carnes.

De esta suerte el vegetariano que no abandona la sal está muy expuesto a volver al carnivorismo, mientras que el que prescinde de ella puede considerarse completamente vegetariano.

*
* *

J. C. — Méjico — *Si nosotros somos partes de Dios, cuando evolucionamos ¿evoluciona también Dios?*

El Teosofista puede muy bien no admitir un Dios, como no lo admite el Buddhismo, que es de todas las regiones positivas la más semejante a la enseñanza teosófica.

Pero si se admite un Dios, no es posible concebirlo como cosa divisible y por lo tanto no subsiste una cuestión basada en la hipótesis de que nosotros seamos «partes» de Dios.

Teosofista no quiere decir «el que sabe de Dios» sino solamente «el que estudia lo Divino» como Teosofía no significa Ciencia ó Sabiduría «de Dios» sino *Divina,* lo que es muy distinto. La primera expresión nos hace deístas y hasta monoteístas, lo cual es un asunto «religioso» perteneciente al dominio de las creencias individuales, que la Teosofía respeta o mejor dicho, no aborda. La segunda es compatible con todas las creencias religiosas : lo divino o sea lo superior, lo más elevado, puede ser igualmente interpretado con un criterio monoteísta, politeísta, panteísta y hasta *ateo*, puesto que nadie le impide al *ateo* considerar como *divina* la evolución y perfectibilidad de la materia.